

**ENTRE LA LOCURA Y LA CORDURA:
LOS PERSONAJES FEMENINOS DE GUADALUPE NETTEL**

*Coral García Rodríguez
Università di Firenze*

Guadalupe Nettel ha recibido el consenso de la crítica y se presenta como una de las voces imprescindibles de la literatura actual, tanto mexicana como hispana. Es bien sabido que México cuenta en su haber con una reconocida tradición de cantidad y calidad en cuanto a voces femeninas (Alemany Bay, 2003), que se remonta, como ha señalado la ginocrítica, a las mujeres “desobedientes” del siglo XIX (Álvarez, 2009: 92), para continuar después con el despegue y consolidación de distintas generaciones que ha hecho posible que, en literatura, las mexicanas hayan realizado un salto que las permite moverse en espacios donde, junto a otras escritoras y escritores coetáneos de distintas latitudes, comparten afinidades como el doble interés por el relato y la novela, la importancia de lo autobiográfico como elemento constitutivo de su escritura, y la dedicación a la crítica literaria, con incursiones en la prensa.

En las páginas siguientes me centraré en el análisis de los personajes femeninos en la narrativa de Guadalupe Nettel, que, adelanto ya, se caracterizan (como los masculinos, a los que haré alguna que otra referencia), por su incapacidad para adaptarse a la sociedad en la que están insertados. Tanto en los relatos como en las novelas asistimos a un despojamiento progresivo de las protagonistas, que parten de una normalidad aparente para llegar al descubrimiento inquietante de una diversidad patológica que les impide comunicarse con los demás, y que desemboca en general en el aislamiento.

Una característica fundamental de los cuentos de Guadalupe Nettel es la alternancia de voces monologadas de hombre y mujer, así como la localización que pasa de México a París, a veces dando espacio a Japón, escapando entonces del “regionalismo” que define a otros autores de lengua española. Si México y Francia están relacionados con la vida real de la escritora (recordemos que ha vivido una parte de su juventud en París, donde se doctoró en Ciencias del lenguaje), su interés por el país asiático se podría explicar a partir de su estudio sobre Octavio Paz (Nettel, 2014) y de su propio interés por la literatura japonesa; me refiero en concreto a su atracción por Haruki Murakami, al que ha dedicado alguna que otra reseña (Nettel, 2006).

Lo autobiográfico identificado con la escritura femenina, tan denostado por un sector de la crítica, constituye sin duda un ingrediente fundamental en la producción literaria de Nettel, que, a diferencia de sus predecesoras (acusadas de no ser capaces de inventar y de ser proclives a lo doméstico y sentimental), encuentra un terreno fértil en los recientes estudios sobre la escritura autobiográfica que otorgan el debido reconocimiento a un género que ha evolucionado desde el “pacto autobiográfico” (Lejeune, 1975) a la denominación de autoficción propuesta por Doubrovsky, donde nos encontramos con un sugestivo “pacto ambiguo” que despierta el interés intelectual de los nuevos lectores, anclados, como explica magistralmente Manuel Alberca, en un “nuevo orden cultural” propio del posmodernismo, derivado del individualismo y del capitalismo liberal de nuestros tiempos (Alberca, 2007: 40).

La primera recopilación de relatos de Nettel, *Pétalos y otras historias incómodas*, publicada en 2008, se abre con un encabezamiento esclarecedor, una cita de Julio Ramón Ribeyro que reza lo siguiente: “Seres imperfectos viviendo en un mundo imperfecto, estamos condenados a encontrar sólo migajas de felicidad”, seguida de otra, de Mario Bellatin, que completa la anterior: “-¿En qué consiste la belleza del monstruo? -En su no darse cuenta” (Nettel, 2008: 9). La autora deja clara ya, desde el principio, la clave para entender el eje desde el que parte la razón de ser de su escritura. De hecho, las seis historias de este libro (tres en boca de mujeres y otras tres en boca de hombres) son confesiones de personajes *outsiders*, en busca de una felicidad que resulta imposible de alcanzar. Así, en *Transpersiana* la voz narrativa espía a un vecino del edificio de enfrente, por el que, suponemos, se siente atraída. Según avanza la lectura, presentimos que el personaje masculino va a asesinar a la mujer a la que ha invitado a casa, ya que, en la cocina, coge “un objeto alargado que envolvió en una servilleta” (Nettel, 2008: 29), pero el desenlace nos deja sin saber qué sucede realmente, lo cual es por supuesto más impactante e inquietante. ¿Pero no podría ser también una visión premonitrice de lo que podría ocurrirle a la misma curiosa si dejara su ventana por el salón del vecino observado? Mejor entonces mantenerse cada uno en su mundo privado.

El otro lado del muelle, por su parte, tiene como protagonista a una mujer que busca la verdadera soledad. Evoca un verano de su adolescencia mexicana en la que se refugió con sus tíos en la isla de Santa Helena para no ver a nadie, a la que repentinamente llega Michelle, una joven francesa, para visitar por última vez a su madre enferma de cáncer, la cual se había trasladado para morir allí, sin compañía. Tras su fallecimiento, la hija desaparece como había llegado: “subió al muelle sola y descalza entre el bullicio de los

vendedores” (Nettel, 2008: 80), con la soledad afincada en sus ojos azules. Desde el presente de adulta, el yo recuerda una soledad emblemática que de alguna manera es también la suya.

Bezoar, por último, se presenta como apuntes en forma de diario que toma una mujer ingresada en una clínica de rehabilitación, dirigidos a un usted, el psicólogo y doctor Murillo. Ella señala como desencadenante de su patología el divorcio de sus padres cuando contaba con nueve años, bromeando enseguida sobre este lugar común de la psicología. Línea a línea descubriremos el vicio matriz que define su anormalidad: arrancarse el pelo hasta dejarse zonas calvas, defecto que intenta mantener escondido a los demás y que la impide alcanzar relaciones duraderas. Hasta que un hombre, afectado también él por otro tic similar, cascarse los dedos, descubre su secreto y la convence de que pueden tener un futuro juntos, casados. Durante un periodo funciona, hasta que cada uno de ellos empieza a considerar insufrible el defecto del otro. Como en otras historias de la misma escritora, sale a la luz la imposibilidad de que la felicidad matrimonial pueda durar. Ante la insistencia del marido, que ingresa en la misma clínica para estar a su lado, la esposa solo encuentra una solución drástica: “Le he dado cita a Víctor esta misma tarde, junto al acantilado. Uno de los dos tendrá que irse de aquí” (Nettel, 2008: 140), un irse para siempre, cayendo por el despeñadero. De nuevo el desenlace nos deja suspendidos, sin saber el final. Pero quizá el hecho de que el diario quede interrumpido es de algún modo una respuesta.

Otra recopilación de cinco cuentos, *El matrimonio de los peces rojos*, publicada en 2013, empieza con un relato homónimo en el que una pareja que vive en París tiene tres peces que morirán al no poder convivir en la misma pecera, y que anticipan la separación de la pareja, la cual está esperando el nacimiento de una niña. Se trata de la desmitificación de la maternidad, la paternidad y el matrimonio, presentada desde un prisma diferente al de otras precursoras, en una línea de absoluta actualidad. Los animales, entonces, constituyen el espejo en el que pueden reflejarse los hombres, como sucede también en *Felina*, ambientado en México, donde la protagonista afirma: “Los vínculos entre los animales y los seres humanos pueden ser tan complejos como aquellos que nos unen a la gente” (Nettel, 2013: 63), y de hecho encuentra en los gatos la compañía ideal. En dicho relato, Nettel vuelve a presentar el tema de la maternidad desde una doble perspectiva: la protagonista y su gata se quedan embarazadas casi al mismo tiempo, pero solo el animal llevará un satisfactorio embarazo hasta el final. La mujer se debate en las dudas sobre si tener o no tener a su hijo, al que después pierde

precisamente para salvar a la gata. El tercer cuento narrado por una voz femenina es *Hongos*, en el que de nuevo asistimos a la ruptura de un matrimonio mexicano, debido a la infidelidad de la mujer con un extranjero europeo, también casado. La nueva relación se vuelve parasitaria, como un hongo que ha invadido su organismo sin que ella pueda o quiera hacer nada para impedirlo. De hecho, en el desenlace la protagonista afirma: “Permaneceré así hasta que él me lo permita, acotada siempre a un pedazo de su vida o hasta que logre dar con la medicina que por fin, y de una vez por todas, nos libere a ambos” (Nettel, 2013: 102).

Como en la recopilación anterior, las citas antepuestas ya nos daban una interpretación inequívoca sobre el hilo conductor de todos los relatos: “Todos los animales saben lo que necesitan, excepto el hombre”, de Plinio el Viejo; seguido de una cita de Gao Xingjian: “El hombre pertenece a esas especies animales que, cuando están heridas, pueden volverse particularmente feroces” (Nettel, 2013: 13). En efecto, Guadalupe Nettel construye personajes que tienen más en común con los animales y las plantas que con los seres humanos. Recordemos otros ejemplos, en este caso de personajes masculinos, como el protagonista de *Bonsái*, que identifica a su mujer con una enredadera, mientras él, por el contrario, es una planta suculenta: “Los cactus eran los *outsiders* del invernadero, *outsiders* que no compartían entre ellos sino el hecho de serlo y, por lo tanto, de estar a la defensiva” (Nettel, 2008: 47); o al profesor de biología de *Guerra en los basureros*, que rememora una adolescencia en la que se sintió más comprendido por una cucaracha que por sus coetáneos o su propia familia: “La única compañía que tuve en ese momento fue la de una cucaracha muy pequeña que permaneció toda la noche junto al buró de la esquina. Una cucaracha huérfana, probablemente asustada, que no sabía hacia dónde moverse” (Nettel, 2013: 61).

En lo que respecta a las novelas, a continuación veremos algunas de los constantes presentes en los cuentos, así como nuevos elementos que enriquecen el mundo literario de Guadalupe Nettel. En este sentido, podemos afirmar que la escritura ha dado a la autora resultados terapéuticos de aceptación de la diversidad y de afirmación de su identidad, que probablemente explican esa evolución hacia un desenlace positivo en su obra más reciente, gracias también a la notoriedad internacional de la que goza hoy en día. Pero vayamos por partes. *El huésped*, publicada antes que las recopilaciones mencionadas más arriba, resulta tal vez su libro más inquietante y enigmático: en él asistimos al desdoblamiento de su protagonista, una niña que a un cierto punto se da cuenta de que está habitada por un huésped, al que denomina “La Cosa”, que gobierna

sus actos y la conduce a la ceguera y al mundo de los seres anormales. La preferencia por la primera persona singular otorga a la novela un tono confesional en el que destaca, en las primeras páginas, la escalofriante narración de la silenciosa muerte del hermano, intuimos que a manos de su hermana, sin que los padres sean conscientes de lo que está ocurriendo en su propia familia. Con la desaparición de Diego, un niño bueno y pacífico que “se inspiraba en la estrategia de las hormigas invasoras de la cocina” (Nettel, 2006: 16), el terror y convencimiento de que perderá la vista (quizá también el sentimiento de culpa) lleva a la protagonista a adelantarse a ese momento, entrando a trabajar en una escuela de ciegos, y a unirse a personajes que, como ella, tienen alguna tara o defecto, y que han buscado una vida paralela donde no existe el sol, en el mundo subterráneo del metro de la ciudad de México.

En su obra sucesiva, *El cuerpo en que nació*, la novela más autobiográfica de Guadalupe Nettel, encontramos algunas pistas para entender el porqué de ese miedo a la ceguera, empezando por las primeras líneas: “Nací con un lunar blanco, o lo que otros llaman una mancha de nacimiento, sobre la córnea de mi ojo derecho” (Nettel, 2011: 11), imposible de curar, y que limitaba la visión, defecto que de alguna manera ha condicionado la vida de nuestra autora. El mismo topos aparece en *Ptoxis*, uno de los cuentos de *Pétalos*, donde el protagonista es un fotógrafo que tiene debilidad por los párpados imperfectos, y que se enamora perdidamente de una joven sobre todo por ese defecto que considera “de [una] voluptuosidad desquiciante” (Nettel, 2008: 23). Cuando ella decide operarse para corregirlo, él se siente obligado a desaparecer, porque había “tanto en juego: mis recuerdos, mis imágenes de esos ojos que, de haberlos visto después, idénticos a los de todos los pacientes del doctor Ruellan, habrían desaparecido de mi memoria” (Nettel, 2008: 24).

Los datos autobiográficos de la *El cuerpo en que nació* van más allá, hasta hacernos pensar que la protagonista que nos habla en primera persona es la misma Guadalupe Nettel (aunque no se produzca la identificación entre el nombre de la autora y del personaje, requerida por el pacto autobiográfico de Lejeune). Entre otras pistas sobre su infancia y su vida familiar presentes en la obra, destaca el hecho de que el padre era psicoanalista, lo que sirve de clave para entender por qué aquí (como en *Bezoar*) se recurre a ese diálogo ficticio propio del psicoanálisis, con un interlocutor silencioso, interpelado con el nombre de doctora Sazlavski. Al final de la sesión, es decir, al llegar al desenlace de la novela, el yo parece haberse afirmado y aceptado tal y como es: “Por fin, después de un largo periplo, me decidí a habitar el cuerpo en el que había nacido,

con todas sus particularidades. A fin de cuentas era lo único que me pertenecía y me vinculaba de forma tangible con el mundo, a la vez que me permitía distinguirme de él” (Nettel, 2011: 194-195). En las líneas anteriores se hace patente la razón de ser del título, que por otra parte remite a los versos de Allen Ginsberg, citados en la apertura del libro.

La por ahora última novela de nuestra autora mexicana, *Después del invierno*, presenta de nuevo algunas constantes formales y temáticas propias de su mundo narrativo, lo que permite a sus lectores encontrarse en un terreno familiar. Así, la obra está estructurada en capítulos monologados, en los que se alternan los dos protagonistas: Claudio, un cubano afincado en Nueva York, y Cecilia, una mexicana que estudia en París (otra vez la presencia de los dos continentes, americano y europeo). En sus páginas, además, Guadalupe Nettel introduce a algunas figuras de relieve de la literatura hispanoamericana (como Córtazar y Vallejo), así como la música (Miles Davis, Keith Jarrett o Philip Glass), que se erigen en bálsamo y medicina para lograr mitigar y sobrellevar las respectivas soledades de los personajes, y que constituyen, además, un ingrediente intertextual muy de nuestros tiempos.

Resulta importante destacar que la importancia otorgada a la música por el protagonista masculino deja indiferente a Cecilia, más orientada hacia los libros, lo que de algún modo hace predecir al lector que, en el triángulo amoroso, la balanza del amor entre el cubano y el franco-italiano se orientará hacia este último. En efecto, en dicha novela aparece también Tom, un librero obsesionado con los cementerios, que vive en el mismo edificio que Cecilia, el cual arrastra los efectos de una enfermedad devastadora (hipertensión arterial pulmonar), y que a pesar de todo emprenderá un viaje a Sicilia antes de morir, tras el cual regresará a la capital francesa para terminar allí su periplo vital, junto a Cecilia, el último “regalo” de la vida. De hecho, el lector sabe que Tom ha sido, antes de caer enfermo, una persona enérgica, llena de vitalidad y atractivo, donde no pasa desapercibida su relación con Italia, un país que adquiere, entonces, connotaciones diferentes respecto a Francia (la crítica a los parisinos se dilata a lo largo de la obra) y Estados Unidos. Por su parte, Claudio mantiene una enfermiza relación con Ruth, una acaudalada americana que está bajo control psiquiátrico.

Los espacios habitados por los personajes son fundamentales para entender cómo evolucionarán. Si Claudio vive encerrado en un apartamento donde no hay ventanas al exterior, una especie de calabozo autoimpuesto al que no lleva jamás a nadie, y en el que la atención por el orden resulta maniacal, Tom y Cecilia viven pared con pared, en

lo que originariamente fue un único piso, dividido por su dueña para sacarle más partido. Las dos mitades acaban, entonces, por juntarse, pero desde las ventanas de ambos se disfruta de la vista del cementerio de Père-Lachaise, lo que de algún modo anuncia la llegada de la muerte.

El final de la novela es, a pesar de todo, esperanzador (al menos en comparación con otros desenlaces de la autora), como se desprende de las siguientes palabras de cierre de la protagonista: “Pensé que, así como la primavera sucede al invierno consiguiendo año tras año que olvidemos su crudeza, habría siempre niños jugando y corriendo encima de nuestros muertos. Y que eran ellos, los niños, quienes conseguían mejor que nadie, si no condenarlos al olvido, renovar nuestras ganas de vivir, a pesar de su dolorosa ausencia” (Nettel, 2014: 268). Ha aprendido, por tanto, la lección de Tom, que antes de morir la obliga a abandonar sus ideas de suicidio: “Todos tenemos una misión en la vida y a cada quien le corresponde encontrarla. Pasar por ese mundo sin descubrirla equivale a desaprovechar la existencia. Si quieres que muera en paz tienes que prometerlo” (Nettel, 2014: 244).

Con esta novela, entonces, gracias a la escritura, Guadalupe Nettel parece haber reconocido su misión, tras salir victoriosa de la lucha contra “La Cosa”, tras aceptarse a sí misma con un párpado desigual que se erige en símbolo de su particular modo de estar en el mundo... y de narrarlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberca, M., *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- Aleman Bay, C. (Ed.), *Narradoras hispanoamericanas desde la Independencia a nuestros días*, Anales de Literatura Española, 16, (2003), pp. 109-152.
- Álvarez, N., “La narrativa mexicana escrita por mujeres desde 1968 hasta la actualidad”, J. C. González Boixo (Ed.), *Tendencias de la narrativa mexicana actual*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.
- Lejeune, P., *Le pacte autobiographique*, Paris, Editions du Seuil, 1975.
- Nettel, G., “Tokio Blues, de Haruki Murakami”, *Letras Libres*, marzo (2006). <<http://www.letraslibres.com/revista/libros/tokio-blues-de-haruki-murakami>, consultado el 25/08/2015.
- Nettel, G., *El huésped*, Barcelona, Anagrama, 2006.

- Nettel, G., *Pétalos y otras historias incómodas*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- Nettel, G., *El cuerpo en que nací*, Barcelona, Anagrama, 2011.
- Nettel, G., *El matrimonio de los peces rojos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2013.
- Nettel, G., *Después del invierno*, Barcelona, Anagrama, 2014.
- Nettel, G., *Octavio Paz. Las palabras en libertad*, Madrid, Taurus, 2014, trad. Eduardo Berti.